LA PIEL DE ZAPA

EL TALISMÁN

A finales del pasado octubre, un joven entró en el Palais-Royal en el momento en que abrían las casas de juego, con arreglo a la ley que regula una pasión fiscalizable. Sin vacilar, subió la escalera del garito marcado con el número treinta y seis.

—*Monsieur,* el sombrero, por favor —le gritó con voz áspera y gruñona un viejecillo pálido acurrucado en la sombra, detrás de una baranda, y que se irguió de repente, dejando ver un rostro calcado sobre un tipo innoble.

Nada más pisar el umbral de una casa de juego, lo primero que hace la ley es despojarle a uno del sombrero. ¿Estaremos ante una parábola evangélica y providencial? ¿O se tratará, más bien, de un modo de cerrar con usted un trato infernal exigiéndole una prenda en garantía? ¿Será para obligarle a mantener una actitud respetable ante quienes le van a dejar sin blanca? ¿Será porque la policía, agazapada en todos los albañales sociales, se empeña en conocer el nombre de su sombrerero o acaso el suyo propio, si lo lleva escrito bajo la copa? ¿O será, en fin, para tomarle la medida del cráneo y establecer una estadística sobre la capacidad cerebral de los jugadores? La Administración guarda absoluto silencio sobre este punto.

Pero fíjese bien: en cuanto da usted un paso hacia el tapete verde, su sombrero deja de pertenecerle, tan poco como usted se pertenece a sí mismo; están en juego usted

mismo, su fortuna, su bastón y su capa. A la salida, el juego le demostrará, con un atroz epigrama en acción, que aún le deja algo encima al devolverle esas prendas personales. No obstante esto, si el sombrero era nuevo, aprenderá usted a su costa que es menester ir con un traje de jugador.

El asombro puesto de manifiesto por el joven al recibir una ficha numerada a cambio de su sombrero —que por fortuna tenía ya las alas algo peladas— denotaba un alma todavía inocente. Por ello, el anciano, que sin duda llevaba desde su juventud sumido en los ardientes deleites de la vida de los jugadores, le dirigió una mirada mansa y apagada, en la cual un filósofo habría advertido las miserias del hospital, el vagabundeo de gentes arruinadas, las diligencias judiciales de un sinnúmero de suicidios, la cadena perpetua, los destierros a Guazacoalco[1]. Aquel hombre, cuya cara blanca y alargada tan solo se nutría con las gelatinosas sopas de Darcet[2], era la viva imagen de la pasión reducida a su más sencillo esquema. Había en sus arrugas vestigios de antiguos suplicios; debía de jugarse sus parcos emolumentos el mismo día que los cobraba. De modo parecido a esos rocines en los que los latigazos no hacen ya mella, nada le hacía estremecerse. Los sordos sollozos de los jugadores que salían arruinados, sus mudas imprecaciones, sus miradas aleladas lo hallaban siempre insensible. Era el juego personificado. Si el joven hubiera reparado en aquel triste Cerbero, puede que hubiera dicho: «¡Este hombre no es más que una baraja viviente!».

Pero el desconocido no prestó la menor atención a aquel consejo vivo, puesto allí sin duda por la Providencia, igual que ha puesto el hastío en la puerta de todos los

[1] Territorio mejicano en que se intentó instalar, sin éxito, una colonia francesa en tiempos de la Restauración.

[2] Químico francés (1777-1844) que, al parecer, intentó crear una sopa a partir de la gelatina de los huesos como modo de combatir el hambre, pero que, a la hora de la verdad, resultó ser escasamente nutritiva.

lugares de mala nota. Entró resueltamente en la sala, donde el tintineo de las monedas de oro ejercía una deslumbrante fascinación en los sentidos llenos de codicia. Aquel joven estaba allí, movido, seguramente, por la más lógica de todas las elocuentes frases de Jean-Jacques Rousseau, de las que transcribo lo que —según mi leal saber y entender— constituye su amargo pensamiento central: «Sí, en efecto, concibo que un hombre acuda al juego, pero únicamente cuando entre él y la muerte tan solo medie su postrer escudo».

De noche, las casas de juego no tienen más que una vulgar poesía, pero cuyo efecto es tan cierto como el de un drama sanguinolento. Las salas rebosan de jugadores y mirones, de ancianos indigentes que se arrastran hasta allí para calentarse, de rostros alterados y de orgías comenzadas con vino y a punto de acabar en el Sena. Si bien abunda la pasión, el número excesivamente grande de actores le impide a usted mirar cara a cara al demonio del juego. La velada es una verdadera obra coral en la que toda la compañía vocifera y cada instrumento de la orquesta modula su frase. Podría usted ver a muchas personas honorables que van allí en busca de distracciones y las pagan como pagarían el placer del espectáculo, del sibaritismo, o como irían a una buhardilla a comprar a bajo precio amargos pesares para tres meses. Pero ¿acaso es usted capaz de comprender cuánto delirio y vigor ha de haber en el alma de un hombre que aguarda impaciente la apertura de una de esas timbas?

Entre el jugador de la madrugada y el de la tarde media la misma diferencia que entre el marido indolente y el amante extasiado bajo las ventanas de su amada. La pasión palpitante y la necesidad en todo su franco horror únicamente llegan por la mañana. Es entonces cuando puede usted ver al verdadero jugador que no ha comido, dormido, vivido ni pensado de tan flagelado como estuvo por el látigo de su martingala y de tanto como sufriera aquejado

del prurito de un lance del treinta y cuarenta[3]. A esa hora maldita encontrará usted allí ojos cuya calma aterra, rostros que le fascinarán, miradas que levantan los naipes y los devoran. Por eso, las casas de juego solo son sublimes en el momento de abrir sus sesiones.

Si España tiene sus corridas de toros y Roma tuvo sus gladiadores, París se enorgullece de su Palais-Royal, cuyas incitantes ruletas le brindan el placer de ver correr la sangre a mares sin que los pies de los mirones corran el riesgo de resbalar por ella. Pruebe a echar una furtiva mirada a ese palenque. ¡Vamos, entre…! ¡Qué desnudez! Las paredes, cubiertas de un papel craso hasta la altura de un hombre, no ofrecen ni una sola imagen capaz de refrescar el alma. Por no haber no hay ni un clavo para facilitar el suicidio. El suelo está gastado, sucio. Una mesa oval ocupa el centro de la sala. La sencillez de las sillas de mimbre, apretujadas en torno a ese tapete verde raído por el oro, revela una curiosa indiferencia hacia el boato en esos individuos que se disponen a perecer allí por la fortuna y el lujo.

Esta humana contradicción se descubre dondequiera que el alma reacciona poderosamente sobre sí misma. El enamorado pretende poner entre sedas a su amante, vestirla con suaves telas de Oriente, y la mayor parte del tiempo la posee en un vulgar camastro. El ambicioso se ve, en sus sueños, en la cúspide del poder, por más que se aplaste en el fango del servilismo. El comerciante vegeta en el interior de una tienda húmeda y malsana mientras construye una gran mansión, de la que su hijo, heredero precoz, se verá desalojado por una licitación fraterna. En fin, ¿existirá algo menos placentero que una casa de placer? ¡Qué problema tan singular! Siempre en contradicción consigo mismo, defraudando sus esperanzas con sus males presentes y a sus males con un porvenir que no le pertenece, el hombre im-

[3] Juego de azar.

prime a todos sus actos el sello de la inconsecuencia y de la flaqueza. Nada es completo en este mundo más que el infortunio.

En el momento en que el joven entró en el salón, ya se hallaban allí algunos jugadores. Tres ancianos de acentuada calva estaban sentados de forma indolente en torno al tapete verde; sus rostros de yeso, impasibles como los de los diplomáticos, revelaban unas almas estragadas, corazones que desde hacía largo tiempo habían olvidado el modo de latir, ni aun cuando arriesgaban los bienes gananciales de una esposa olvidada.

Un joven italiano, de pelo negro y tez cetrina, estaba acodado tranquilamente en el extremo de la mesa y parecía escuchar esas corazonadas secretas que gritan fatalmente a un jugador: «¡Sí! ¡No!». Aquella testa meridional anhelaba el oro y el fuego. Siete u ocho mirones, en pie y colocados como para formar corro, aguardaban las escenas que les depararían los lances de la suerte, los rostros de los actores, el trajín del dinero y el de las paletas. Aquellos ociosos permanecían allí sin despegar los labios, inmóviles, pendientes del menor detalle, como lo está el pueblo en la plaza de Grève cuando el verdugo se apresta a cortar una cabeza.

Un individuo alto y desgarbado, vestido con un frac raído, tenía en una mano una tarjeta y en la otra un alfiler para marcar las salidas del rojo y el negro. Era uno de esos Tántalos modernos que viven al margen de todos los goces de su tiempo, uno de esos avaros sin tesoros que hacen una apuesta imaginaria, una especie de loco cuerdo que se consolaba de sus miserias acariciando una quimera, que obraba con el vicio y el peligro como los curas jóvenes con la eucaristía cuando dicen misas blancas, en seco. Frente a la banca, uno o dos de esos ladinos especuladores, peritos en los azares del juego y semejantes a galeotes antiguos a quienes ya no espantan las galeras, habían acudido allí con la intención de aventurar tres lances y largarse en seguida con la ganancia probable, de la que vivían. Dos viejos empleados

de sala iban de aquí allá indolentemente, con los brazos cruzados, y de vez en cuando miraban al jardín por las ventanas como para mostrar a los transeúntes sus vulgares caras a guisa de muestra.

El banquero y el crupier[4] acababan de lanzar sobre los apostantes esa mirada lívida que los mata, al tiempo que decían con voz aguda: «¡Hagan juego, señores!», cuando el joven abrió la puerta. El silencio se tornó más profundo si cabe y las cabezas se volvieron con curiosidad hacia el recién llegado. ¡Cosa inaudita! Aquellos viejos decrépitos, aquellos empleados petrificados, los mirones y hasta el fanático italiano, todos, al ver al desconocido, experimentaron un raro sentimiento de espanto. ¿No es menester ser muy desgraciado para inspirar lástima, muy débil para despertar simpatías, o tener un siniestro aspecto para hacer temblar a las almas en aquella sala en que los dolores han de ser mudos, la miseria alegre y la desesperación decorosa? Pues bien, algo de todo eso había en la sensación nueva que agitó aquellos corazones helados cuando entró el joven. Pero ¿acaso no han llorado alguna vez los verdugos por las vírgenes cuyas rubias cabezas habían de cercenar a una seña de la Revolución?

Bastó una sola ojeada para que los jugadores leyeran en el semblante del novicio algún misterio horrible; sus juveniles facciones tenían el sello característico de un encanto nebuloso, su mirada atestiguaba esfuerzos frustrados, ¡mil esperanzas defraudadas! La tétrica impasibilidad del suicida prestaba a aquel semblante una palidez mate y morbosa; una amarga sonrisa le dibujaba leves pliegues en las comisuras de los labios y su fisonomía expresaba una resignación que daba pena ver.

Algún numen secreto centelleaba en el fondo de aquellos ojos, velados acaso por las fatigas del placer. ¿Sería el

[4] El crupier *(tailleur)* es el encargado de extender las cartas sobre el tapiz verde; el banquero *(banquier)* recoge el dinero de las apuestas y paga a los ganadores.

libertinaje el que marcaba con su sucio sello aquel noble rostro, antaño puro y ardiente y ahora degradado? Sin duda los médicos habrían atribuido a alguna afección del corazón o del pecho las profundas ojeras amarillentas que encuadraban sus párpados y el rubor de sus mejillas, en tanto que los poetas habrían querido reconocer en estas señales los estragos de la ciencia o los vestigios de noches pasadas a la luz de una lámpara. Pero era realmente una pasión más peligrosa que la enfermedad, una dolencia más despiadada que el afán de estudio la que dominaba aquel joven cerebro, la que atenazaba aquellos músculos bisoños, la que contraía aquel corazón apenas iniciado en las orgías, el estudio y la enfermedad.

Del mismo modo que, cuando un famoso delincuente entra en presidio, los demás reclusos suelen acogerlo con evidente respeto, los despojos humanos congregados en aquella sala, aquellos corazones expertos en toda clase de torturas, otorgaron con su silencio un reverente saludo al dolor ignorado, a la evidente herida sometida a sus ojos expertos, y reconocieron a uno de sus príncipes en la majestad de su muda ironía, en la elegante pobreza de su indumento. Vestía el joven un frac de buen gusto, pero mantenía harto sabiamente la unión de su chaleco con la corbata para que se pudiera suponer que no llevaba ropa interior. Sus manos, bonitas como las de una mujer, mostraban una dudosa pulcritud; y, en fin, ¡hacía dos días que no podía llevar guantes!

Si su presencia produjo cierto estremecimiento entre los habituales de la sala fue sin duda debido a que todavía quedaban ligeros rastros de inmaculada inocencia en su porte grácil y delicado, en su corto cabello rubio espontáneamente rizado. Aparentaba escasamente veinticinco años y parecía soportar el estigma del vicio solo como cosa accidental, pasajera. La lozanía juvenil seguía pugnando en él contra los estragos de una inocente lascivia. Los poderes de la luz y las tinieblas, de la vida y la muerte, trazaban sobre

su frente un campo de batalla que subyugaba y horrorizaba al mismo tiempo. El mozo se presentaba allí como un ángel desprovisto de aureola, extraviado en su camino, y los profesionales maestros del vicio y la infamia, actuando como una sorprendente Celestina acometida por inesperados escrúpulos ante una linda jovencita que se entrega a la corrupción, estuvieron a punto de gritar al recién llegado:

—¡Salga inmediatamente de aquí!

Pero el joven se dirigió derecho a la mesa, permaneció de pie y arrojó, sin hacer ningún tipo de cálculo, una moneda de oro que tenía en la mano y que rodó hasta el negro; acto seguido, como las almas fuertes que abominan de las cavilosas incertidumbres, lanzó al crupier una mirada turbulenta a la vez que serena. Tan grande era el interés que despertaba aquella jugada que los viejos se abstuvieron de hacer apuesta; pero el italiano cogió al vuelo, con el fanatismo de la pasión, una idea que vino a sonreírle y puso su montón de oro en el del color opuesto al del desconocido. Hasta el banquero olvidó proferir esas palabras que a la larga han acabado por convertirse en un grito ronco e ininteligible: «¡Hagan juego, señores! ¡El juego está hecho! ¡No va más!».

El crupier extendió las cartas y pareció desearle buena suerte al recién llegado, por más que le resultara indiferente que ganaran o perdieran los adictos de aquel tornadizo placer. Cada uno de los presentes adivinó un drama y la escena final de una noble vida en la suerte de aquella moneda de oro. Centellearon sus ojos, fijos en los fatídicos naipes; pero, pese a la atención con que alternativamente miraban al joven y a las cartas, no les fue posible advertir señal alguna de emoción en su frío y resignado rostro.

—Rojo, par, pasa —anunció el crupier con cierta solemnidad.

Una especie de estertor contenido salió del pecho del italiano al ver caer sobre la mesa, uno a uno, los billetes doblados que le arrojaba el banquero. En cuanto al joven,

no comprendió su ruina hasta el momento en que vio cómo el rastrillo se llevaba su último napoleón. El marfil le arrancó un ruido seco a la moneda que, rauda como una flecha, fue a engrosar el montón de oro acumulado ante la caja. El desconocido cerró despacio los ojos y sus labios palidecieron, pero en seguida alzó los párpados y su boca adquirió de nuevo el rojo color del coral. Afectó el aire impasible de un inglés para quien la vida carece de todo misterio y desapareció sin mendigar un consuelo con una de esas miradas desgarradoras que lanzan a veces a la galería los jugadores desesperados. ¡La de acontecimientos y decisiones que pueden quedar contenidos en una fracción de segundo y en la caída de unos dados!

—¡Era sin duda su último cartucho! —comentó sonriendo el crupier tras un breve intervalo de silencio, durante el cual tuvo aquella moneda de oro entre el índice y el pulgar para mostrarla a los presentes.

—Es un cabeza loca que va a tirarse al río —respondió uno de los asiduos mientras recorría con la mirada los rostros de los jugadores en torno suyo.

—¡Bah! —exclamó el mozo de sala, tomando una dosis de rapé.

—¡Si hubiéramos imitado a ese caballero…! —dijo uno de los ancianos a sus colegas señalando al italiano.

Todos miraron al afortunado jugador, cuyas manos temblaban mientras contaba los billetes.

—Me pareció oír —explicó interrumpiéndose— una voz que me susurraba al oído: «El juego podrá con la desesperación de ese joven».

—No es jugador —opinó el banquero—. De lo contrario, habría dividido su dinero en tres partes para así tener más probabilidades.

El joven pasó sin reclamar su sombrero, pero el viejo perro de presa, que ya había advertido el lamentable estado de aquel andrajo, se lo devolvió sin despegar los labios; a su vez el jugador le devolvió la ficha con un movimiento ma-

quinal y bajó las escaleras silbando *Di tanti palpiti*[5] con un hilo de voz tan débil que apenas si él mismo lograba captar tan deliciosas notas.

No tardó en encontrarse bajo las galerías del Palais-Royal; acto seguido, se dirigió hacia la calle Saint-Honoré, tomó el camino de las Tullerías y cruzó el jardín con paso indeciso. Caminaba como por en medio de un desierto, entre los codazos de gente que no veía y sin escuchar entre los clamores populares sino una sola voz: la de la muerte. Sumido, en fin, en una intensa meditación parecida a la que antaño se entregaban los criminales que eran conducidos en carreta desde el Palacio de la Grève a aquel cadalso teñido de toda la sangre vertida desde 1793.

Hay un no sé qué de grande y espantoso en el suicidio. Las caídas de muchas personas no entrañan peligro, como las de los niños, que caen tan a ras del suelo que rara vez se lastiman; pero, cuando un gran hombre se estrella, por fuerza ha de venir de muy alto: se ha elevado hasta los cielos y ha entrevisto algún paraíso inaccesible. Implacables han de ser los huracanes que le fuerzan a pedir la paz del alma a la boca de una pistola. ¡Cuántos jóvenes talentos confinados en una buhardilla no se agostan y perecen por falta de un amigo, de una mujer que los consuele, en medio de un millón de seres, en presencia de una muchedumbre ahíta de oro y que se aburre!

Visto así, el suicidio alcanza proporciones gigantescas. Entre una muerte voluntaria

y la fecunda ilusión cuya voz llamara a un joven a París, solo Dios sabe cuántos ideales se rompen, cuántas poesías quedan interrumpidas, cuántas desesperaciones y gritos se reprimen, cuántas tentativas resultan inútiles y cuántas obras maestras se malogran. Cada suicidio es un poema

---

[5] *Di tanti palpiti* (italiano, 'De tantos latidos') es una de las arias más célebres de la época romántica y proviene de la ópera *Tancredo* (1813), de Rossini.

sublime de melancolía. ¿Dónde hallará usted, en el océano de las literaturas, un libro capaz de mantenerse a flote y que pueda competir, en cuanto a genio, con este suelto de periódico: «Ayer, a las cuatro, una mujer se arrojó al Sena desde lo alto del Pont-des-Arts»?

Ante semejante laconismo, dramas, novelas, todo palidece, incluso ese antiguo frontispicio: «Lamentos del glorioso rey de Kaernavan, a quien sus hijos encerraron en una mazmorra», último fragmento de un libro perdido cuya lectura hacía llorar a aquel Sterne, lo cual no le había impedido abandonar, él también, a su esposa e hijos.

El desconocido se vio asaltado por mil pensamientos semejantes que pasaban en jirones por su alma como banderas desgarradas ondeando en medio de una batalla. Si por un momento deponía el fardo de su inteligencia y de sus recuerdos para detenerse ante unas flores cuyas corolas mecía suavemente la brisa entre los macizos de verdor, presa de repente de una convulsión de vida que se rebelaba todavía contra la agobiante idea del suicidio, alzaba los ojos al cielo y, en él, nubes grises, ráfagas de viento cargadas de tristeza y una atmósfera pesada parecían seguir aconsejándole que se diera muerte.

Entonces se encaminó hacia el Pont Royal, pensando en las últimas extravagancias de sus predecesores. Sonreía al recordar que lord Castelreagh[6] había satisfecho la más humilde de sus necesidades antes de rebanarse el cuello, y que Auger[7], el académico, había ido a buscar su tabaquera para aspirar una pizca de rapé mientras caminaba hacia la muerte. Analizaba esas rarezas y se interrogaba a sí mismo cuando, al arrimarse un poco al pretil del puente para dejar pa-

[6] Lord Castlereagh (1769-1822) fue un diplomático británico encargado de negociar las alianzas de las monarquías frente a Napoleón. Afectado de paranoia, en 1822 se cortó la garganta con un estilete.

[7] Louis-Simon Auger, secretario perpetuo de la Academia Francesa, se arrojó al Sena en 1828.

sar a un cargador del mercado, comoquiera que este le hubiera manchado levemente de blanco la manga del frac, se sorprendió al ver que instintivamente se sacudía con todo cuidado el polvo. Llegado al punto más elevado de la bóveda, miró el agua con siniestra expresión.

—¡Mal tiempo para ahogarse! —le dijo riendo una mujer vieja y andrajosa—. ¡Fíjese, además, qué fría y sucia está el agua!

Respondió el joven con una sonrisa llena de ingenuidad que daba fe del delirio de su resolución; pero se estremeció de repente al ver de lejos, en el muelle de las Tullerías, el barracón rematado por un cartelón en el que se podía leer, con letras de un pie de altura, las palabras: PRIMEROS AUXILIOS PARA LOS AHOGADOS. Y, acto seguido, se imaginó a M. Dacheux[8], armado de su filantropía, despertando y moviendo esos virtuosos remos con que les rompen la cabeza a los ahogados cuando, desgraciadamente, suben a la superficie del agua; le pareció verle exhortando a los curiosos, mandando a buscar un médico, disponiendo la aplicación de fumigaciones; leyó las notas necrológicas de los periodistas, pergeñadas entre las alegrías de un festín y la sonrisa de una bailarina; oyó el retintín de los escudos que pagaba a los barqueros por su cabeza el prefecto de policía. Muerto, valía cincuenta francos, pero vivo no era más que un hombre de talento sin protectores ni amigos, sin lecho ni techo, un verdadero cero a la izquierda, inútil para el Estado, a quien le importaba poco más de un bledo.

Una muerte en pleno día le pareció algo innoble y resolvió quitarse la vida durante la noche, a fin de entregar un cadáver irreconocible a aquella sociedad que desconocía la grandeza de su vida.

Siguió, pues, su camino y se dirigió hacia el muelle Voltaire, adoptando el andar indolente de un desocupado que

[8] M. Dacheux, inspector de socorro a los ahogados.

pretende matar el tiempo. Cuando hubo bajado los escalones que rematan la acera del puente, en la esquina del muelle, le llamaron la atención los libros viejos expuestos sobre el pretil del puente y poco faltó para que procediera a regatear sobre el precio de algunos de ellos. Se sonrió, volvió a meterse filosóficamente las manos en los bolsillos, y ya se disponía a reanudar su despreocupado paseo, que dejaba translucir un frío desdén, cuando oyó con asombro tintinear, de manera realmente fantástica, algunas monedas en el fondo de su bolsillo. Una sonrisa de esperanza le iluminó el rostro y se expandió de sus labios a sus facciones, hasta la frente, haciendo brillar de júbilo sus ojos y sus sombrías mejillas. Aquel destello de felicidad se asemejaba a esos fueguecillos que corren por los restos de un papel ya consumido por la llama; pero el rostro tuvo la misma suerte que las negras cenizas, pues tornó a ponerse triste cuando, después de sacar deprisa la mano del bolsillo, comprobó que se trataba de tres monedas de cobre, simple calderilla.

—¡Ah, mi buen *monsieur! ¡La carità! ¡La carità!* ¡Caterina![9]. ¡Unas perrillas para comprar pan!

Un deshollinador joven y andrajoso con la cara hinchada y tiznada por el hollín, como su cuerpo, alargó la mano para quitarle sus últimos céntimos a aquel hombre.

A dos pasos del saboyano, un viejo mendigo de aspecto mísero y enclenque, vestido con harapos, le dijo con voz cavernosa:

—*Monsieur, monsieur,* deme usted lo que quiera. Rezaré a Dios por usted.

Pero, al mirarle el joven, enmudeció y no volvió a pedir, reconociendo acaso en aquel tétrico semblante los rasgos de una miseria mayor que la suya.

—*¡La carità! ¡La carità!*

[9] '¡La caridad! ¡La caridad! ¡Catalina!'.

Lanzó entonces el desconocido sus monedas al muchacho y al viejo y bajó de la acera para dirigirse hacia la parte edificada. Le resultaba insoportable seguir viendo el aspecto inquietante del Sena.

—Pediremos a Dios que le conceda muchos años de vida —rezongaron los dos mendigos.

Al llegar al escaparate de un vendedor de láminas, aquel hombre medio muerto se encontró con una joven que bajaba de un lujoso carruaje. Contempló con deleite a aquella encantadora criatura, cuyo pálido rostro estaba armónicamente encuadrado en el raso de un elegante sombrero. Le sedujeron su esbelto talle y sus graciosos modales. La falda, levemente arremangada por el estribo del coche, dejó ver una pierna cuyos finos contornos quedaron resaltados por una media blanca muy ajustada. Entró la joven en la tienda, pidió que le mostraran álbumes y colecciones de litografías, regateó y compró varias por valor de unas cuantas monedas de oro, que, por un instante, centellearon y sonaron en el mostrador.

El joven, que aparentaba estar entretenido en el umbral de la tienda examinando los grabados expuestos en el escaparate, cruzó vivamente con la bella desconocida la mirada más penetrante y desesperada que un hombre pueda dirigir a una mujer, mientras ella le devolvía una de esas ojeadas distraídas que se prodigan al azar a los transeúntes. Para él era un verdadero adiós al amor, a la mujer. Pero aquella postrera y profunda interrogación no fue comprendida, no hizo mella alguna en el corazón de aquella mujer frívola ni consiguió que se ruborizara ni bajara la vista. ¿Qué significaba aquello para ella? Una admiración más, un deseo inspirado que, a la hora de irse a la cama, le sugeriría acaso estas dulces palabras: «¡Qué bella estabas hoy!».

Se apresuró el joven a cambiar de sitio sin dejar de mirar otro grabado y ni volvió la cabeza cuando la desconocida subió de nuevo a su coche. Arrancaron los caballos y aquella última imagen del lujo y la elegancia se eclipsó como iba

a eclipsarse su vida. Anduvo con paso melancólico a lo largo de las tiendas y bazares, examinando sin gran interés las mercancías expuestas. Cuando acabaron las tiendas, se puso a contemplar el Louvre, el Instituto, las torres de Notre-Dame, las del Palais, el Pont-des-Arts.

Todos aquellos monumentos parecían adquirir una fisonomía triste al reflejar las pardas tonalidades del cielo, cuyas raras claridades conferían un aire amenazador a París, que, como una mujer bonita, está sujeto a inexplicables caprichos de fealdad y belleza. Hasta la naturaleza parecía conjurarse para sumir al moribundo en un éxtasis doloroso. El joven, presa de aquel poder maléfico cuya acción disolvente halla un vehículo en el fluido que circula por nuestros nervios, sentía que su organismo llegaba poco a poco al estado de fluidez. Los tormentos de aquella agonía le imprimían un movimiento parecido al de las olas y le hacían ver edificios y personas como a través de una neblina en que todo ondulaba.

Intentó sustraerse a aquel espejismo que le imponía la naturaleza y se dirigió hacia una tienda de antigüedades con la intención de dar pábulo a sus sentidos o de aguardar allí la llegada de la noche curioseando objetos de arte e informándose sobre su precio. Venía a ser aquello como mendigar valor y pedir una bebida estimulante, como los criminales que desconfían de sus fuerzas al ir al patíbulo; pero la toma de conciencia de su inminente fin logró infundir al joven el aplomo de una duquesa asediada por dos amantes, y entró en la tienda con aire desenvuelto, dejando aflorar en sus labios una sonrisa gélida como la de un borracho. ¿No estaba él ebrio de la vida o acaso de la muerte?

No tardó en recaer en sus vértigos, y siguió viendo las cosas bajo extraños colores o animadas por un leve movimiento provocado sin duda por la irregular circulación de la sangre, ora hervorosa como una cascada, ora plácida e insulsa como el agua tibia.

Pidió sencillamente que le permitieran recorrer los almacenes por si daba con algún objeto raro que le convinie-

ra. Un joven dependiente de cara fresca y mofletuda, pelirrojo y cubierto con una gorra de pelo de nutria dejó encomendada la guarda del establecimiento a una aldeana vieja, especie de Calibán[10] hembra, que en ese momento andaba ocupada limpiando una estufa, cuyas maravillas eran obra del genio de Bernard de Palissy[11], y que, en un momento determinado, le dijo al cliente con voz enfática:

—¡Vea usted, caballero, vea usted! Aquí abajo solo tenemos cosas vulgares y corrientes, pero, si se toma la molestia de acompañarme al primer piso, podré enseñarle unas momias de El Cairo que le producirán una fuerte impresión, cerámicas con incrustaciones, esculturas de ébano, auténtico Renacimiento, recién llegados a nuestro poder y que son una delicia.

En la horrible situación por la que atravesaba el joven, aquel flujo más propio de un cicerone, aquellas frases necesariamente mercantiles le hicieron el efecto de esas pesadas sandeces con las que los tipos de cortos alcances asesinan al hombre de talento. Pero, llevando su cruz hasta el final, pareció escuchar a su guía y se limitó a responderle con gestos y monosílabos hasta que en un determinado momento se granjeó el derecho a guardar silencio y se entregó sin temor a sus últimas meditaciones, que fueron terribles. Era poeta, y su alma encontró fortuitamente un inmenso pasto; tenía que ver por adelantado las osamentas de veinte mundos.

Al primer vistazo, la tienda le ofreció un aspecto bastante caótico, pues todas las cosas humanas y divinas andaban revueltas. Cocodrilos, boas y monos disecados sonreían a vitrales de iglesia y parecían querer morder unos bustos, correr tras unas lacas o encaramarse a las arañas de cristal.

---

[10] Gnomo monstruoso y dañino de *La Tempestad* (1619), de William Shakespeare.

[11] Bernard Palissy (1510-1589), célebre ceramista francés cuyas obras fascinaron a Balzac.

Un jarrón de Sèvres, en el que madame Jacotot[12] había pintado un retrato de Napoleón, permanecía junto a una esfinge dedicada a Sesostris. Los momentos de la creación del mundo alternaban anárquicamente con objetos procedentes de la víspera. Un asador descansaba sobre una custodia; un sable republicano, sobre un arcabuz medieval. Madame Dubarry, pintada al pastel por Latour, con un lucero sobre la cabeza, desnuda y en una nube parecía contemplar con concupiscencia un chibuquí[13] indio, como tratando de adivinar la utilidad de las espirales que serpenteaban hacia ella.

Los instrumentos de muerte —puñales, pistolas raras, armas con silenciador— yacían allí mezcladas de cualquier modo con instrumentos de vida —soperas de porcelana, fuentes de Sajonia, diáfanas tazas procedentes de China, saleros antiguos, bomboneras feudales—. Un navío de marfil navegaba a toda vela sobre la concha de una tortuga inmóvil. Una máquina neumática dejaba tuerto al emperador Augusto, majestuosamente impasible. Varios retratos de corregidores franceses y de burgomaestres flamencos, insensibles en aquel momento igual que cuando vivían, se elevaban por entre aquel caos de antigüedades, lanzando sobre él una mirada apagada y glacial.

Todas las culturas esparcidas a lo largo y ancho de la tierra parecían haber aportado allí algún que otro vestigio de su presencia, alguna muestra de su arte. Era una especie de vertedero filosófico donde no faltaba nada, ni la pipa del salvaje, ni la chinela verde y oro del serrallo, ni el yatagán moruno, ni el ídolo del tártaro. Podía verse allí hasta la petaca del soldado, el copón del sacerdote y las plumas de un querube. Aquellos monstruosos cuadros estaban aún expuestos a mil fenómenos luminosos por los caprichos de

[12] Marie-Victoire Jaquotot (1778-1855), y no «Jacotot», pintora sobre porcelana.

[13] Pipa turca de largo tubo.

una multitud de reflejos debidos a la confusión de los matices, al brusco contraste de las luces y las sombras. Creía el oído percibir gritos ininterrumpidos; la mente, dramas incompletos, y la vista, fulgores mal apagados. Finalmente, un polvo tenaz había echado su sutil velo sobre todos aquellos objetos, cuyos múltiples ángulos y sinuosidades numerosas producían los más pintorescos efectos.

Comparó primeramente el desconocido aquellas tres salas atestadas de civilizaciones, cultos, divinidades, obras maestras, dignidades reales, libertinajes, razón y locura con un espejo lleno de facetas, cada una de las cuales representaba un mundo. Después de aquella impresión brumosa, quiso elegir sus goces; pero, a fuerza de mirar, pensar y soñar, cayó presa de una fiebre debida quizás al hambre que rugía en sus entrañas. La masiva contemplación de tal número de existencias personales o colectivas, atestiguadas por aquellos vestigios humanos que las sobrevivían, acabó por embotarle todos los sentidos, y el deseo que le había movido a entrar en la tienda quedó satisfecho. Salió de la vida real, se alzó por grados hacia un mundo ideal y llegó a los palacios encantados del éxtasis, donde el universo se le apareció hecho jirones y dardos ígneos, como antaño el porvenir pasó, llameante, ante los ojos de san Juan en Patmos.

Una multitud de rostros condolidos, hermosos y terribles, oscuros y luminosos, lejanos y próximos levantándose por masas, miríadas, generaciones. Egipto, rígido y misterioso, se alzó de sus arenales, representado por una momia envuelta en vendas negras; luego fueron los faraones sepultando pueblos para construirse una tumba, y Moisés y los hebreos y el desierto; el joven vislumbró todo un mundo antiguo y solemne.

Fresca y suave, una estatua de mármol puesta sobre una columna salomónica radiante de blancura le habló de los voluptuosos mitos de Grecia y Jonia. ¡Ah, quién no habría sonreído como él al ver, sobre fondo rojo, a aquella more-

nita danzando en la fina arcilla de un jarrón etrusco ante el dios Príapo, al que saludaba con aire festivo! Enfrente, una reina latina acariciaba a su quimera con ternura. Los caprichos de la Roma imperial alentaban allí enteramente y revelaban el baño, el lecho, el tocado de una Julia indolente, soñadora, aguardando a su Tibulo. La cabeza de Cicerón, armada del poder de los talismanes arábigos, evocaba los recuerdos de la Roma libre y le pasaba una a una las páginas de Tito Livio.

Contempló el joven el *Senatus populusque romanus:* el cónsul, los lictores, las togas con cenefas de púrpura, las luchas del foro y el pueblo iracundo desfilaban cadenciosamente ante él como las vaporosas figuras de un sueño. Finalmente, la Roma cristiana prevalecía sobre aquellas imágenes. Un fresco abría los cielos, y el joven veía en ellos a la Virgen María en medio de una nube dorada, rodeada de ángeles, eclipsando la gloria del sol, escuchando los lamentos de los desventurados, a los que aquella Eva gloriosa sonreía con dulzura. Al tocar un mosaico formado con las diferentes lavas del Vesubio y el Etna, su alma se lanzaba sobre la cálida y leonada Italia: asistía a las orgías de los Borgia, recorría los Abruzos, aspiraba a los amores italianos, se apasionaba por los rostros níveos de grandes ojos negros.

Se estremecía ante los desenlaces nocturnos interrumpidos por la fría espada de un marido al ver una daga medieval cuya empuñadura estaba labrada como encaje y cuya luz y cuya herrumbre parecían manchas de sangre. La India y sus religiones revivían en un ídolo con un tocado puntiagudo de levantados rombos, adornado con cascabeles y vestido de oro y seda. Cerca del muñeco chino, una esterilla, hermosa como la bayadera que había dado vueltas sobre ella, despedía aún la fragancia del sándalo. Un monstruo de China, con los ojos extraviados, la boca contorsionada y los miembros torturados, revelaba el alma mediante las obras de un pueblo que, harto de lo bello siempre unitario, halla inefables deleites en la fecundidad de las fealdades.